

UNA BREVE MIRADA A LA APICULTURA COLOMBIANA

Fabio Diazgranados Jaramillo*

Colombia es un país privilegiado para innumerables actividades productivas, generadoras de riqueza, y si hablamos de economía agrícola, con mayor razón.

La apicultura es, tal vez, y guardadas proporciones una de las actividades agroeconómicas más importantes, dada nuestra ubicación geográfica, su diversidad de climas o pisos térmicos, sus accidentes topográficos y la variedad de vegetación, que la hacen un potencial productor mundial de miel por naturaleza y con otros productos apícolas como polen, propóleos, etc., con cualidades y calidades que sin duda los clasificaría entre los mejores del mundo, resaltando de paso la actividad apícola como una protectora del medio ambiente. Es lo que los economistas llamamos “ventajas comparativas” en el contexto del comercio internacional y nos enseña a especializarnos para explotar dichas ventajas, producir y exportar con mayor eficiencia bienes y servicios más competitivos. En este caso, miel de abejas y polen, pero lamentablemente no es así.

Los años iniciales de la apicultura en Colombia, a principios del siglo pasado, se hicieron con la ausencia total del Estado y sobre los hombros de 2 insignes pioneros: Don Pedro Diazgranados R. y Don Manuel Vicente Cadena, en su orden, a quienes les debemos el arranque de este noble arte y oficio, pero se olvida mencionarlos en casi todos los tratados de nuestra historia apícola.

Los primeros pasos significativos para impulsar la apicultura datan de los años 60s y 70s en dónde el ICA y la Federación Nacional de Cafeteros organizaron sin mucho presupuesto un programa apícola, se promovió la importación de reinas europeas, y el país llegó a exportar 250 toneladas promedio año y a finales de 1.979 un récord de 900 toneladas. Estábamos en este crecimiento y en el máximo de exportaciones cuando ocurrió el accidente de la africanización y con ella el declive de lo logrado hasta el momento, dada la agresividad, o si lo prefieren, “defensividad” de dichas abejas, entre otros inconvenientes.

La década de los 80s fue de adaptación a la abeja africanizada y prácticamente significó partir de cero, éste fenómeno parte en dos la historia de la apicultura. Para nosotros los “discípulos” de los Salesianos, de Root, los de la vieja guardia, la abeja africanizada era una plaga que había que acabar y cada región la enfrentó de modo diferente. Al final nos dimos cuenta que había

llegado para quedarse y debíamos sacar el mejor provecho posible.

En otros países, con gran desarrollo apícola, decididamente retomaron la vía de la re-europeización de su apicultura dando la importancia que los zánganos tienen en este proceso. Un camino largo y difícil, pero en nuestro criterio, el más adecuado.

En Colombia, la academia de las más importantes universidades del país y su grupo de genetistas nos ofreció una alternativa: Las reinas africanizadas seleccionadas, las cuales conservan parte de la mansedumbre de la europea y la supuesta mayor productividad de la africanizada, buscando genes higiénicos y resistencia a enfermedades. Esto funciona más o menos bien por un cortísimo lapso, como quiera que los cruces sucesivos que se dan rápidamente en los apiarios potencializan su defensabilidad y otros comportamientos indeseables gracias a la “Introgresión Genética Africanizada”.

En los climas fríos como en el altiplano cundiboyacense es dónde las abejas conservan más el ADN europeo, comparativamente con las de los climas cálidos. Hay quienes luchan desde las regiones contra la africanización, conozco casos en Antioquia, Córdoba y Tolima, otros en el eje cafetero y por supuesto en la Sabana de Bogotá; mención especial a San Andrés y Providencia Reserva Genética Europea.

En los 90s fueron visibles las importaciones de miel a razón de 42 toneladas en promedio entre 1.995 y 1.999 y de 70 toneladas en promedio entre el 2.000 y el 2.004. En el año 2.003 hubo un pico de importaciones de miel de 114 toneladas a la vez que reportamos exportaciones por 86 toneladas, actividad que muestra el negocio de comercializadores al reexportar la mayor parte de los volúmenes adquiridos en el exterior.

Paradójicamente, durante la década del 2.001 al 2.010 el promedio de producción de miel se movió entre 1.500 – 1.800 toneladas y de ahí hasta el 2.015 se estimaba entre 2.000 y 2.300 toneladas de miel, de las cuales exportamos prácticamente cero e importamos 55 toneladas en promedio en esos últimos 4 años, siendo el 2.015 el más significativo con 154 toneladas según la ITC (International Trade Statistics) y entre ellas casi 50 toneladas provinieron de China, nuevo productor y exportador de miel de dudosa calidad en el contexto mundial.

Algunos estudiosos de la problemática apícola en Colombia estiman el consumo interno anual en 20.000 toneladas de miel aproximadamente, si éste estimado es cierto, y dadas las pocas importaciones podemos estar supliendo fácilmente el 80% del total del consumo con “mieles” adulteradas e industriales.

En el 2.002 se estimaba que el país contaba con 2.100 apicultores y cerca de 45.000 colmenas, en el 2.007 la FAO reportaba 115.000 colmenas, sin embargo La Cadena Productiva de las Abejas y la Apicultura (CPAA) en el diagnóstico para Plan Estratégico 2.011 – 2.025 estima un rango de 50 a 90.000 colmenas.

Los anteriores datos recopilados entre muchos otros en el marco de mi experiencia en el sector son simples estimativos. En Colombia no hay estudios y estadísticas confiables y si se quiere son especulativos.

Actualmente, no sabemos cuántos apicultores somos en el país, ni cuantas colmenas hay, muchos apicultores no se dejan contar y menos registrar sus apiarios. Hoy en día se habla de 2.500 a 3.000 apicultores, entre aficionados y profesionales con unas 120.000 colmenas, es decir, seguimos en el 10% del potencial estimado inicialmente en un millón de colmenas. Éste potencial ha hecho que grandes productores de miel como China y en países en donde el Síndrome de Desaparición de las Abejas es fuerte, como Estados Unidos, y algunos europeos miren a Colombia como oportunidad para invertir en el sector, es decir enajenaríamos nuestro recurso natural máspreciado (nuestra flora y su néctar) en beneficio extranjero y nos quitarían la miel que hemos sido incapaces de producir.

Hay importantes agremiaciones de carácter apícola por departamentos, capítulos regionales de la CPAA, más de una Federación, Investigación académica, planes, proyectos, congresos, encuentros nacionales y locales, seminarios, un sinnúmero de diagnósticos, pero muy poco pensamiento profesional en apicultura. Hace muchos años que seguimos hablando de lo mismo, gastando dineros públicos o privados y el sector ahí, en el mismo 10% eterno de nuestro potencial.

Todo lo anterior, y la falta de una adecuada legislación apícola, impide que los recursos que el Estado, organismos internacionales y nacionales asignan al fomento de la apicultura no sean aprovechados por la mayoría de los apicultores y dificultan la aplicación de “capital semilla” o créditos para nuevos apicultores, y más difícil aún para el apicultor del común que desee ampliar su negocio. Los recursos, muchos de ellos, son captados por Universidades para investigación o proyectos apícolas que difícilmente aportan beneficios reales a los apicultores en lo que algunos han llamado “proyecticultura” apícola y para algunas Asociaciones o Cooperativas apícolas en

dónde a veces prima el interés particular de unos pocos socios y en otras si se hace una gran labor de desarrollo y beneficio para el campesino apicultor.

Otros recursos también son asignados como parte de una Política Social que busca beneficiar a sectores golpeados por la violencia, como parte de sustitución de cultivos o como apoyo a mujeres cabeza de familia rural pero no tienen en cuenta si esos beneficiarios quieren realmente ser apicultores, lo que en la práctica muchas veces no se da y esos recursos terminan perdiéndose.

En la actualidad enfrentamos, como muchos países, la creciente amenaza y agresión por el mal uso de productos agroquímicos y pesticidas con los que fumigan los cultivos; afectando a las abejas y poniéndolas en peligro.

El colectivo “Abejas Vivas” nace como un esfuerzo por mitigar este flagelo y con el propósito de buscar alternativas y soluciones al respecto. Lo que en un principio se planteó como una defensa de las abejas terminó, a nuestro juicio, con un inconveniente y confuso proyecto de ley.

La solución a esta problemática la tenemos nosotros mismos, democratizando y fortaleciendo la asociatividad, elaborando proyectos que jalonen recursos exclusivamente para incrementar exponencialmente el número de colmenas y apicultores para tener una producción competitiva en el mercado nacional e internacional, profesionalizando la actividad y capacitando agricultores y apicultores. Hay que integrar, reforzar, colaborar y estructurar una gran federación representativa, insistir ante el Ministerio de Agricultura en el desarrollo de los planes de la CPAA (asignándole los recursos para tal fin) y su continuidad, coadyuvar en la implementación de un Marco Legal adecuado a nuestra realidad apícola y su futuro, promoviendo la importancia de la apicultura y presentar alternativas de emprendimiento apícola.

***FABIO DIAZGRANADOS JARAMILLO**

ECONOMISTA – EMPRESARIO APÍCOLA

ESPECIALISTA EN GERENCIA AMBIENTAL

Presidente de la Asociación de Apicultores de Cundinamarca

ASOAPICUN y la Federación Colombiana de Apicultores y

criadores de Abejas, FEDEABEJAS.